

Algunas reflexiones acerca de Foucault y el derecho del trabajo en tiempos de pandemia

German Helvio Queipo¹

Adviértase, en las últimas semanas de encierro, el redespertar de distintos discursos de sesgo humanista. El hombre, libre y hacedor de sí mismo, ese ente que da la medida a todo ente y pone todas las normas, estaría próximo, mediante la Razón (la misma razón que gestionó el orden en la locura de Auschwitz), a cambiar el devenir de la historia: ha recapacitado, leemos en extensos y esperanzadores mensajes (con alto potencial de *viralización* y sobrecargados de *emojis*), y ha decidido plantar una nueva bandera, bordada con los hilos de la ilustrada solidaridad cosmopolita.

¡La mortaja no tiene bolsillos! ¡Todos somos iguales! Son algunas de las expresiones que suelen anidar (en celulares que funcionan con Android y también con IOS, ya sea con planes de varios cientos de pesos o bajo la modalidad de la restrictiva tarjeta) en *memes* con pretensiones robespierristas y –a la vez– reminiscencias nacionalistas, enviados –y reenviados hasta el hartazgo– de espalda al mundo de las relaciones de trabajo.

Y no me importa aquí, aunque siempre importe, indagar en las noticias de actualidad (despidos, suspensiones, aplicación del art. 247 de la Ley de Contrato de Trabajo, etc.), ni en derredor de las diferencias que fácilmente pueden observarse, entre unos y otros, en la superficie (escribir este texto en un cómodo departamento, aunque no tan cómodo como los que se ostentan en *Instagram*, bien puede graficar aquello a lo que me refiero) sino poner de resalto ciertos mecanismos que, por el momento, imposibilitarían la llegada de esa – aparentemente próxima– “sociedad de WhatsApp”.

Me refiero, por sobre todo, a los enlazados a ese *poder productivo* que se ha desbloqueado pocas centurias atrás, atravesando enteramente la vida, cuyas características podemos recrear a través –muchas veces, a pesar– de los aportes de Michael Foucault: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas².

La *forma mayor* de los procedimientos de este poder, analizados siempre desde las instancias de su ejercicio, conjugando arqueología y genealogía, no puede ser simbolizada con la espada (que bien podría blandir el Leviathan al apropiarse del tiempo, los

¹ Abogado. Docente de grado y posgrado en distintas materias relativas a la filosofía del derecho. Disertante y autor de distintas publicaciones sobre la materia. Funcionario (secretario) del Ministerio Público Fiscal de la Nación en instancia de grado (actualmente, prestando tareas en Fiscalía ante la Cámara Nacional de Apelaciones del Trabajo). Miembro de la asociación.

²Cfr. Foucault, M. “Derecho de muerte y poder sobre la vida” En Historia de la Sexualidad I - La voluntad de saber, Siglo XXI, 1976.

cuerpos, la sangre y finalmente de la vida de sus súbditos). Las batallas, contra enemigos visibles o invisibles, ya no se hacen en nombre del soberano, al que había que defender, se hacen en nombre de la existencia de todos; se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente (o permanezcan muchos días en sus domicilios) en nombre de esa necesidad – en tanto efecto con valor de sentido y realidad con función simbólica– que se tiene de *vivir*.

Paradójicamente, en una metáfora que anacrónicamente interpela, los primeros indicios (o, al menos, uno de los primeros) de esta gran tecnología fueron esbozados públicamente por el filósofo francés al describir –como historia y fábula, en un curso brindado en 1975– el “**modelo de la peste**” del Siglo XVIII: “*La reacción a la peste* (apunta Foucault) *es una reacción positiva; una reacción de inclusión, de observación, de formación de saber, multiplicación de los efectos de poder a partir de acumulación de la observación y el saber. Se ha pasado de una tecnología de poder que persigue, que excluye, que destierra, que margina y que reprime, a un poder que es finalmente un poder positivo, un poder que fabrica, un poder que observa, un poder que sabe y un poder que se multiplica a partir de sus propios efectos*” (Foucault M., Los anormales, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000).

He aquí la apuesta de Foucault y mi propuesta: desprendernos de la idea de poder –únicamente– en tanto prohibición o represión o centralización y concebirlo –también y fundamentalmente– como instancia microfísica productora de subjetividades y de saberes (las ciencias, naturales y sociales, entre ellos). Considerar al sujeto como un efecto de ese poder/saber, como un *logos* construido y a la “verdad” como un resultado de este mundo, producida aquí gracias a múltiples imposiciones; en el entendimiento de que la “cuestión política”, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología: es la verdad misma³.

Ese poder (intrapable, irreductible, inquieto, a todas luces “estratégico”) actúa a través de los discursos. Estos no descubren la realidad sino que la producen. Hablemos, sin miedo, de la existencia de diversos mecanismos de “poder subjetivamente” que se enmascararon (y se enmascaran hoy) bajo la forma de discursos *a priori* no prohibitivos, tan coactivos como eficientes.

Hemos estado sometidos, con mayor o menor territorialización apuntaría Deleuze, a un sinfín de instancias, instituciones, disciplinas y aparatos operados por un poder de tipo productor (que no solo se ha desbloqueado sino, también, desbocado generando sus propias resistencias) yendo desde el “hombre-cuerpo” al “hombre-espíritu”, pasando por la escuela, la fábrica y la biopolítica, a las redes audiovisuales, la constitución de la opinión pública y de la inteligencia colectiva⁴. Resultará sumamente dificultoso, entonces, en ese pliegue donde se insertaría el sujeto, comprender –no desde la universalidad sino desde la contingencia– por qué somos como somos (por qué actuamos cómo actuamos, por qué

³ Foucault, M., “Verdad y poder” en Microfísica del poder, Ediciones la Piqueta, Madrid, 1992.

⁴ Cfr. Lazaratto M y otro., Por una política menor, Traficantes de sueños, Madrid, 2006.

pensamos como pensamos, por qué mayoritariamente tomamos la vida como un problema de generación de renta) sin reparar en la funcionalidad *constitutiva* de ellos.

El hombre, como forma, es un invento reciente, una figura que apenas tiene dos siglos y, así como puedo aparecer, es probable que desaparezca, como en los límites del mar un rostro de arena. De lo que se trata es de no reproducir en nuestras prácticas las “lógicas” de ese poder, de atacar el juego de instituciones aparentemente apolíticas y de crear nuevos modelos para pensar lo humano. Inventarlos y pulirlos; lo cual, lamento comunicar a mis vecinos, difícilmente llegue a acontecer en la exigüidad y finitud de este COVID-19.

Las relaciones de poder transitan por carriles distintos y distantes al derecho positivo (en donde sigue imperando la teoría jurídico-política de la soberanía) pero se torna necesario su abordaje si nos interrogamos filosóficamente, por caso, acerca de la sujeción a las cláusulas que estatuyen el “*deber de fidelidad*” (art. 85 ley 20744) o la obligación en el “*cumplimiento de instrucciones*” (art. 86 ley 20744) –¡cuán importante resulta el dispositivo de la sexualidad!; y, añadiría en estos días, si pretendemos explorar los fundamentos ontológicos y epistemológicos lindantes al monopolio de la tecnología y la industria farmacéutica (vacunas y antivirales) y/o al hecho de que la salud sea, en gran medida, propiedad privada y opere con una lógica mercantil (en la que, para evitar pérdidas, no hay espacio para el *stock ocioso* de camas o respiradores).

Los hombres y las mujeres, junto con su ética y su “sentido común”, el Estado, el Estado de excepción y las agencias no estatales (que también llevan a cabo tecnologías gubernamentales) han sido horadados por esa locomotora a la que me referí *ut supra*, la máquina del beneficio. Toda esperanza de cambio, que ciertamente debe partir del sujeto, quedará trunca si trasunta la simple espera de nuevos resultados de la actividad de *usuarios* que, desde el balcón, se autoperciben “incondicionados” cuando, en verdad, tienen (tenemos) el cuerpo y el alma marcados y hablados por los signos que “*se inscriben en nosotros según el procedimiento por el que la máquina de La colonia penitenciaria de Kafka graba sus consignas en la propia piel de los condenados*”⁵.

En esta cuarentena heteronormada, situada a mediados del año 2020, viviendo sumamente endeudados en los “mundos” creados por las sociedades de control, se nos incita a ser –al punto que nos asumimos– los “empresarios” de nuestro “capital humano” y –zurdidos por la maquinaria del neoliberalismo los modos de gobierno, el dispositivo de control de la subjetividad y de formas de vida– no suena disonante, por citar un ejemplo, trabajar “a distancia”, sin horarios ni jornadas preestablecidas. De día, de noche, de mañana, de tarde, de madrugada, siempre listos a la espera de ese llamado.

Asistimos, quiero remarcar, a una permanente entrega del ser al sistema, la cual no podrá ser absoluta en tanto subsista con vigor nuestro querido –y un tanto vetusto– derecho del trabajo. Si bien seguiré velado por la reformulación de la ciencia jurídica (para que pueda y quiera dar cuenta de las nuevas subjetividades y expectativas que escapan al

⁵ Lazaratto M y otro., Por una política menor, Traficantes de sueños, Madrid, 2006.

concepto tradicional de clase y al par “trabajador/empresario”), frente a esta emergencia y esta pandemia, no vendría mal razonar en simples términos binarios y decir, sencillamente, pero en voz alta, “ESO NO”.

Nuestro grito será premiado si logramos que un ciudadano –aunque sea uno– se anime a contestarle al capital, como lo hiciera Bartleby el escribiente, esta vez... *“preferiría no hacerlo”*.

Luego, necesitaremos tiempo, mucho tiempo, para deconstruir (no necesariamente destruir) LA máquina. Mal que les pese a los entusiastas del chat.